

SINDICATOS Y TRABAJADORES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LOS IMAGINARIOS SOBRE EL PUEBLO. CALI, 1945-1950*

*Joan Manuel Largo***

Resumen

Este artículo analiza los imaginarios sobre el pueblo que construyeron las élites de Cali apoyados en el tema de la cuestión sindical, materia que para entonces pasaba por un momento de ruptura. Los años cuarenta representaron una transformación de los sistemas democráticos en casi toda América Latina; en Colombia, que no fue la excepción, el desplazamiento de los liberales por cuenta de los conservadores dio cabida a una transformación de las representaciones que se elaboraban sobre el pueblo y los trabajadores. El caso particular de Cali, estudiado a través de los archivos oficiales, las publicaciones periódicas y los libros entonces publicados, deja ver este fenómeno; a la vez que muestra cómo, en ciertas ocasiones, las barreras entre liberales y conservadores no eran tan insalvables. Desde el rechazo a un sindicalismo rojo, como amenaza comunista, se llegaría a la propuesta de unos sindicatos no conflictivos; ese viraje hallaría su soporte en la noción de pueblo.

Palabras clave: Imaginarios, pueblo, sindicatos, trabajadores.

Abstract

This article analyzes the imaginaries about 'the people' that built the political elites of Cali supported in the topic of the syndical issue, topic that for then was transiting a moment of rupture. The decade of the forties in the twentieth century represented a transformation of the democratic systems en almost all Latin America, in Colombia, that was not an exception, the displacement of the Liberal Party for the Conservador Party allowed a change in the idea about the "people" and the workers. The singular case of Cali, studied through of official archives, periodical publications and the books published, let it see this phenomenon; and the also show how the frontiers between liberales and conservadores were not so insolvable. From the rejection to a red syndicalism, seen how communist threat, would come to the proposal of a trade unions not conflicting. This change would find his support in the notion of 'the people'.

Key words: Imaginaries, 'the people', trade unions, workers.

* Artículo de investigación Tipo 2: de reflexión según clasificación de Colciencias. Esta es una parte de la tesis de grado, *Imaginarios y representaciones sobre el pueblo. Cali 1945-1950*, presentada en el primer semestre del 2013.

** Estudiante del pregrado de Historia, Universidad del Valle. E-mail: joanm1290@gmail.com

Introducción

Años cuarenta del siglo pasado en Colombia: Las ciudades más importantes comienzan a mostrar paulatinamente rasgos de centros urbanos, ha crecido el proceso de industrialización, se han transformado las relaciones sociales, las formas de hacer política y los hábitos o costumbres son notablemente diferentes a los del siglo inmediatamente anterior. Ha aparecido la radio y se han multiplicado los periódicos; la información va y viene, es más fácil que todos los integrantes de la nación conozcan y discutan los acontecimientos de la política. Pensemos en la palabra Pueblo dentro de esos espacios, para aquella década. Ya no se buscaba, como en el siglo XIX, dotar de legitimidad al régimen democrático republicano; desde hacía un buen tiempo ya no se discutía sobre la bondad de los cambios políticos introducidos por la independencia norteamericana y la Revolución francesa, hace casi un siglo estaba funcionando un sistema democrático en nombre de un difuso pero incuestionable soberano: el pueblo.

¿A quiénes se refería el término “pueblo”? ¿A los obreros? ¿A los más pobres? ¿A los ciudadanos distinguidos? El pueblo, formalmente, es el personaje central de la democracia: es el soberano y, como tal, la fuente principal de legitimidad del poder político. Esa no es ninguna novedad; la idea ha hecho carrera desde que se dio fin a la tradición política del antiguo régimen. Durante los primeros años del siglo XIX, recién concluido el proceso de emancipación y apenas esbozada la consolidación de los nuevos estados nacionales americanos, en la Nueva Granada se buscaría adjudicarle al pueblo un lugar que no resultara inquietante; quienes habían invocado al pueblo para sustentar los reclamos de independencia eran los mismos criollos ilustrados que desde el siglo XVIII habían percibido, a través de esa noción, a una masa desordenada que debía ser sometida al control de la ciencia y la escuela (Loaiza, 2012). Las primeras cartas constitucionales buscarían entonces dejar en claro los lugares ocupados por el criollo letrado y el pueblo; el primero era un conductor, el segundo “una masa humana volátil y peligrosa” (Loaiza, 2012: 235). Una soberanía relativizada -toda vez que se tenía pánico a la expresión y reunión de las gentes del pueblo²- y un sistema que dejaba la representación en manos de un puñado de ciudadanos distinguidos, nos permite afirmar, con Gilberto Loaiza, que “el pueblo había sido desterrado como actor colectivo” (2012:251). Desde mediados de siglo diecinueve las reformas liberales introducirían ciertos cambios a este respecto, pero sin dejar de lado todas las elaboraciones negativas sobre el pueblo; la actuación de los liberales decimonónicos, según ha mostrado Margarita Pacheco, oscilarían entre la idea

² Un trabajo reciente muestra cómo se prohibieron las prácticas asociativas populares a comienzos del siglo XIX (Loaiza, 2011).

de libertad y el miedo, sus reformas buscaban educar e integrar a las turbas, pero al mismo tiempo “respondían a la necesidad de sujetar y controlar esas mismas muchedumbres” (1992: 59-60).

En el siglo XX el asunto no variaría mucho hasta la década de los años veinte, aproximadamente; desde entonces los miembros del Partido Liberal, y del Partido Conservador, así como los fundadores y militantes de los nuevos partidos socialistas, buscarían redefinir y acercarse de diversas maneras a ese escurridizo y asustador, pero insoslayable personaje que es el pueblo. Dentro de las problemáticas relaciones sociales y políticas surgidas alrededor de una acelerada transformación, apoyada fundamentalmente en el fenómeno del café (Henderson, 2006), se encuentra que como hecho singular, y dentro de circunstancias frecuentes, se hacía referencia a diversos sectores sociales a través de categorías que reducían la variopinta pluralidad a la simple enunciación abstracta de “el pueblo”, “las masas” o “el electorado”. Pero esa abstracción, cabe decirlo, no obstaba para dar vía libre a las visiones pesimistas sobre ese pueblo.

La política había dado un gran salto, las multitudes o las grandes masas urbanas habían sido integradas a la cotidianidad política (Ayala, 2007); las elaboraciones sobre este complicado actor político -que no era nuevo, pero ocupaba ahora un lugar determinante y renovado- dan cuenta de una interesante transformación de los imaginarios políticos. Las calles de la ciudad habían sido conquistadas para la construcción de lo político, nuevos espacios y dinámicas se introducían en la forma de pensar los problemas de la ciudad y producir las normas de conducta: el pueblo aparecía expectante, ahora su presencia e identidad resultaban insoslayables; construirlas fue una de las tareas urgentes de este período. Si las ciudades crecían, y las relaciones entre los diversos sectores sociales iban siendo matizadas por cuenta de las nuevas ideas políticas, e inéditas experiencias de interacción social, era inevitable enfrentar la cuestión de la identidad del pueblo. Las respuestas a esa inquietud es lo que llamamos imaginarios³; estos buscaban apresar de una vez por todas la esencia y el rostro del pueblo, encontrando una de sus columnas centrales en el tema del sindicalismo. Evidenciar ese proceso y aclarar su desarrollo es el objetivo de este trabajo.

³ Para el historiador antioqueño Juan Camilo Escobar un imaginario es “un conjunto real y complejo de imágenes mentales, independientes de los criterios científicos de verdad y producidas en una sociedad a partir de herencias, creaciones y transferencias relativamente conscientes; conjunto que funciona de diversas maneras en una época determinada y que se transforma en una multiplicidad de ritmos” (2000: 113) Véase también: (Baczko, 1991).

Cali, ciudad del suroccidente colombiano y capital del recién configurado Valle del Cauca, adquirió importancia desde la segunda década del siglo XX gracias a la apertura del Ferrocarril del Pacífico en 1915, lo que le permitió integrar junto a Medellín y Bogotá lo que algunos académicos han denominado el “triángulo de oro”⁴. Para los años cuarenta Cali contaba con dos diarios locales (Relator y Diario del Pacífico), junto a otras publicaciones periódicas como revistas o semanarios, cuyo rasgo común era la adscripción irrestricta a uno de los dos partidos tradicionales (Liberal o Conservador)⁵. Otra característica, quizás menos común con relación a otras ciudades colombianas, era que estos medios de comunicación pertenecían a los sectores económicamente privilegiados de la ciudad: empresarios, comerciantes, y miembros en general de las familias tradicionales. Las élites políticas y económicas de la ciudad, en su ambiguo esfuerzo de integrar a los sectores populares y, al mismo tiempo, conservar la hegemonía de los lugares privilegiados, enfrentaron aquellos elementos del acontecer de la ciudad y el país que no entraban en su concepción de la sociedad. Los imaginarios sobre el pueblo construidos en esta ciudad se alimentarían, en su proceso de elaboración, de las inquietudes y prejuicios que circulaban alrededor de la cuestión sindical. Las huelgas, los conflictos laborales, las supuestas malas influencias en las asociaciones de trabajadores, fueron elementos en los que se insistió de modo particular durante el período que hemos señalado.

Sindicatos rojos y trabajadores exaltados: la amenaza

El 10 de julio de 1945 se cumplía un año del fallido golpe de Estado que un sector del ejército intentó dar al gobierno de Alfonso López Pumarejo en la ciudad de Pasto. Para conmemorar aquel aniversario se llevó a cabo una manifestación en la ciudad de Cali, evento que fue calificado por Diario del Pacífico, el matutino conservador, como una manifestación “comunista” y a la que “el pueblo de Cali se abstuvo de concurrir” (Diario del Pacífico, Cali 11 de julio de 1945: 1). Desde la una de la tarde -seguimos el relato del periódico citado- los manifestantes “comunistas” comenzaron a quemar cohetes en la plaza de San Nicolás y dos horas después no habían podido reclutar más de 300 personas; a las cinco se inició el desfile hacia la plazuela de San Francisco donde “los camaradas” pronunciaron discursos “simplemente ridículos y disparatados”. Podemos imaginar que a ese desfile asistieron quienes apoyaban al presidente López Pumarejo: empleados del Ferrocarril del

⁴ El censo industrial realizado en 1945 ubicaría a Cali en el tercer lugar de mayor concentración industrial, detrás de Medellín y Bogotá respectivamente (Oviedo, 2009, pág. 36).

⁵ Relator, que aparecía en las tardes, era de propietarios pertenecientes al Partido Liberal, principalmente la familia Zawadzky, que podrían catalogarse como liberales moderados; Diario del Pacífico, por su parte, era matutino y pertenecía a la familia Borrero Olano, que se adscribía al Partido Conservador.

pacífico y empleados de entidades oficiales, que ahora eran calificados abiertamente y sin ningún fundamento como comunistas. Ese tipo de movilizaciones políticas en las que el sindicalismo podía tomar un lugar destacado eran leídas con acentuados resquemores, pues constituían un enorme riesgo para un pueblo como el de Cali, considerado vulnerable.

Por esos mismos días los diarios locales registraron con beneplácito el cambio de administración de 1945, la renuncia del presidente López Pumarejo había sido bien vista y, quienes expresaban este contento, se mostraban dispuestos a apoyar las decisiones de quien entrara como reemplazo, aun sin conocer su nombre. ¿Cómo no hacerlo? pues se afirmaba que, para salvar al país de una “inminente hecatombe”, la respuesta era “un gobernante ajeno a la rencilla, desprovisto de odios, antidemagógico y sin tontas petulancias” (Diario del Pacífico, Cali 3 de julio de 1945: 4). Si bien en el momento de proferir la anterior afirmación no se sabía que el sucesor de López iba a ser Alberto Lleras Camargo (joven político del Partido Liberal), ello no restaba en nada la representación negativa que se tenía del gobierno anterior, que “con tanto desatino y en forma tan perjudicial” había tratado de gobernar “a un pueblo que tiene pleno derecho a vivir en paz”. Y era la suposición de los “nexos con el comunismo” del saliente presidente -proferida siempre como una certeza- lo que realmente espantaba de dicha administración; va a ser esa misma suposición la que, en adelante, sirva para caracterizar al sindicalismo de un modo negativo y, de esa manera, aportar herramientas para delinear las facciones del pueblo. Ese denostado rojo del bolchevique serviría para pintar a esta amenaza, cuyo escándalo y alboroto constituía, según las élites políticas de la ciudad, una de las más serias amenazas para el pueblo.

Se hace necesario en este lugar recordar que el período del que nos ocupamos (1945-1950) está atravesado por un cambio trascendental en lo respectivo a los obreros y las asociaciones sindicales colombianas. Podríamos decir que la pérdida de legitimidad que sufrió el Partido Liberal desde 1942 y la restauración del Partido Conservador, concretada con la llegada a la presidencia del conservador Mariano Ospina Pérez en 1946, son hechos que delimitan una etapa de transición que, si bien no podemos describir propiamente como una ruptura de las relaciones Estado-sindicatos, si podemos señalar como el momento inicial de un viraje radical de las mismas. El período conocido como República Liberal, categoría con la que se ha designado a los dieciséis años durante los cuales el Partido Liberal estuvo en el poder⁶ (1930-

⁶ Entiéndase esto de “estar en el poder” como tener la mayoría en los cuerpos colegiados de la rama legislativa, así como en las cortes y en casi todas las autoridades de la rama ejecutiva. Es importante subrayar este hecho, pues hay que tener en cuenta que la oposición política en Colombia durante estos años fue bastante particular; desde 1932 el partido conservador no

1946), se caracterizó tempranamente por establecer unas relaciones más fluidas y menos problemáticas que las de antes con los conflictos del mundo del trabajo y la emergencia o transformación de los sindicatos (Cubides, 2009). Durante la presidencia de Enrique Olaya Herrera (1930-1934), primer presidente liberal del siglo XX, se llevaron a cabo diversas medidas que institucionalizaron la acción y organización de los sindicatos, lo que contribuyó a la reducción parcial del número e intensidad de los conflictos laborales (Archila, 1991:280).

De igual forma el primer periodo presidencial de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) se caracterizaría por los constantes esfuerzos para hallar salidas concertadas a los problemas laborales, esa orientación le facilitó a dicho gobierno contar con un amplio respaldo popular, y a la vez con una fuerte desconfianza de los sectores de oposición (Archila, 1991: 295-317). Entre 1938 y 1945, durante la administración de Eduardo Santos y el segundo gobierno de Alfonso López, se puede captar un cambio de posición; los mismos prejuicios del sector moderado del Partido Liberal, así como los temores de los seguidores de la Iglesia y el Partido Conservador frente a los obreros, y el panorama de desconfianza traído por la Segunda Guerra Mundial, fueron factores que incidieron de variadas formas en el crecimiento de la desconfianza y la prevención frente al lugar de los sindicatos.

Pero el hecho de que una especie de alergia al pueblo diera al traste con las propuestas de cambio de los liberales no fue mérito único de la administración de Eduardo Santos. Ya desde el año de 1936, como estrategia de escape a la polarización entre el liberalismo y el Partido Conservador, apoyado por la Iglesia católica, López Pumarejo había decidido decretar una “pausa” en su llamada “revolución en marcha”. De esa manera un tímido intento por introducir rasgos laicos y políticas más “democratizantes” al Estado colombiano había sido casi abortado desde sus orígenes, con el objetivo de evitar una confrontación violenta. Así los últimos años de la década del treinta vinieron a representar un enfriamiento del impulso reformista del Partido Liberal⁷, relajamiento que posteriormente sentaría las bases para una abierta desconfianza a la labor de las organizaciones sindicales. Entre julio de 1945 y agosto de 1946 Alberto Lleras Camargo encabezaría una campaña destinada a reorganizar el sindicalismo colombiano y cambiar la percepción que hasta el momento se había tenido de aquel importante lugar de actividad política de las

participaría en los comicios electorales, por lo que su participación en la escena pública oficial sería bastante restringida, no así su papel en la opinión pública.

⁷ Proyectos de ley del gobierno anterior en el campo laboral se hundieron durante la “política del buen vecino”, consigna con la que pasó a la historia el gobierno de Eduardo Santos: (Archila: 332)

gentes del trabajo. Lo anteriormente expuesto nos brinda pues las herramientas para captar una lógica de transformación en lo atinente a las percepciones de las élites de la ciudad sobre los obreros y el mundo sindical entre 1945 y 1950.

“El sindicalismo no ha sido creado por la ley para usarlo como arma agresiva contra el patrón”, se leía como titular en la edición del primero de septiembre de 1945 del diario liberal Relator. Las comillas son del original, pues se trata de una supuesta cita textual del Inspector Departamental del Trabajo, Julio Restrepo Toro, durante su visita al Ingenio Río Paila. Ese mismo día, también en la primera plana, pero con mayor énfasis, se exponía una opinión proferida por el presidente de la república, ya para entonces Lleras Camargo: el presidente condenaba los “sistemas de violencia utilizados por las clases sindicalistas”. Esta curiosa combinación de noticias, lejos de ser una simple coincidencia, nos muestra una de las posibles estrategias del periódico para responder de determinada manera a los acontecimientos relacionados con la cuestión sindical. Ilustrar en el caso del Valle del Cauca la opinión de un funcionario de la Secretaría del Trabajo, bastante coherente con la del presidente, indica cierto grado de aceptación o identificación con esa postura. Según el primer artículo citado, el señor Inspector afirmaba que “el demagogo y el politiquero” debían “ser arrojados a puntapiés del seno del Sindicato, pues son los peores enemigos de los intereses de los trabajadores”; su criterio sobre el sindicato del Ingenio era, según el columnista del periódico, bastante satisfactorio: “campamentos higiénicos, escuelas, campos de deporte, medicinas, drogas, en fin, todo cuanto la ley exige para beneficio de la clase trabajadora, ha sido cumplido escrupulosamente por la Empresa” (Relator, Cali 1 de septiembre de 1945: 1). Además de ese buen diagnóstico, agregaba el articulista de Relator en su presunto parafraseo del inspector mencionado, el deber del sindicato no era simplemente elaborar pliegos de peticiones “sino también la de buscar un nivel de cultura para los obreros, instruirlos a fin de que no se entreguen al vicio, recalcar para que el dinero producto del trabajo, no vaya a parar los sábados y los domingos a las cantinas, a los cabarets o a las mesas de juego”. La nota periodística, una vez concluidas las referencias al sindicato, cerraba con una exaltación de la Empresa como foco de Inteligencia, de Trabajo y Energía⁸, pero en ese momento ya no se relacionaba a los obreros sino que se hablaba del Gerente y del Administrador del ingenio, los señores Belisario Caicedo y Julio César Márquez.

Aunque quizás no sea un elemento completamente consciente e intencional, la oposición si era obvia y evidente: mientras que los obreros

⁸ Las mayúsculas son del original.

irradiaban todo ese espectro del vicio y por tanto se les debía “recalcar” para que no hicieran lo que parecía les era natural, la empresa y sus directivas constituían focos de lo ideal: el Trabajo, la Inteligencia y la Cooperación. Mientras que los patrones, unos señores ejemplares, brindaban todo lo necesario, al obrero, tan susceptible de los malos vicios, se le debía insistir en su corrección. Pero el asunto con esta nota va mucho más allá y resulta, por eso, mucho más interesante. Un par de días después Relator publicaría una carta de rectificación del Inspector del Trabajo en cuestión, el señor Julio Restrepo Toro; en esta carta el suscrito afirmaba tajantemente que el juicio por él emitido se refería a todo lo contrario, y que el señor corresponsal no había captado su criterio cuando él manifestó que la Directiva del Sindicato de Rio Paila era de tipo patronal, lo que “ofrecía serias dificultades para las relaciones del patrón con los trabajadores en cuanto a reclamaciones sobre prestaciones sociales, presentación del pliego de peticiones...” (Relator, Cali 3 de septiembre de 1945: 1). Por supuesto el funcionario se mostraba en desacuerdo con esa situación y decía no aprobarla de ninguna manera. ¿Se trata de una simple confusión, o una intencionada tergiversación? Sin llegar a afirmar ni lo uno ni lo otro queda un elemento claro, conforme lo muestran otros documentos: Un sentido malestar hacia ciertas organizaciones y movimientos sindicales.

Humberto Jordán Mazuera, un concejal de Cali en el período 1945-1947, observaba con tremendo gusto una proposición del pliego de peticiones que presentara el sindicato de los trabajadores del Ferrocarril del Pacífico en 1946. El sindicato proponía que parte del salario se les abonara a los trabajadores en unos vales para el uso del ferrocarril por ellos y sus familias. En el informe de comisión Jordán Mazuera apuntaba que en esa solicitud “vimos con mucha complacencia la aspiración que tiene la comisión del sindicato de alejar a los trabajadores de las cantinas y sitios donde pueden malbaratar su dinero, defecto este que en la práctica es causado por la forma de pago que ha venido empleándose en el municipio” (Archivo Histórico de Cali, Fondo Concejo, Acuerdos 1946, Tomo I, Acuerdo No 6 de 1946). Como bien puede observarse las opiniones de los funcionarios políticos dejaban ver la preocupación y la angustia frente a las posibles taras de los trabajadores.

En los distintos discursos encontrados para el período que estudiamos es insistente la idea de una lucha para lograr organizaciones sindicales menos politizadas, de ahí que el demagogo, como veíamos en la tergiversada opinión del inspector departamental del trabajo, tuviera que ser arrojado a puntapiés del sindicato. Ligar entonces Sindicalismo u Obrerismo con Comunismo fue uno de los métodos empleados para deslegitimar las opciones de participación política que surgían progresivamente alrededor de los trabajadores. Todo intento de lucha se observaba como la maliciosa manipulación de sectores

políticos ajenos al país: los rojos o los bolcheviques. Los columnistas de Relator afirmaban, por ejemplo, que “para ocultar su derrota los comunistas instigan huelgas” (Relator, Cali 13 de septiembre de 1945: 4), con lo que se pretendía desviar la atención desde la autonomía de ciertos sindicatos y sus pliegos de peticiones hacia su percepción como armas de una temible amenaza comunista.

En una especie de caricatura en el diario Relator, titulada “la esencia comunista”, se representaba al pueblo como un niño pequeño, advertido por un personaje adulto de que “en estos tiempos comunizantes” ninguna cosa “alimenta de verdad al pueblo” (Relator, Cali 13 de septiembre de 1945: 4). Que se reunieran los trabajadores de diversos ramos para discutir y presentar peticiones sobre sus necesidades y bienestar olía a comunismo, según el olfato de las élites políticas de la ciudad. En ese sentido parecía desdibujarse la barrera entre liberales y conservadores, ya hemos visto como no están tan lejos las opiniones que circulaban en los diarios adscritos a una y otra colectividad: el obrero, sindicalizado, emergía como un elemento de cuidado y no podía representarse más que como una extensión de las negras ansias “comunizantes” o bolcheviques.

Sin embargo vale la pena tener en cuenta que los trabajadores en sí, como una parte esencial del pueblo, no eran los que recibían las más acres críticas; eran los supuestos agitadores y los actores del sindicalismo en general quienes resultaban ajenos a los verdaderos intereses de los obreros y, por tanto, pasaban a formar un sector despreciable de la sociedad. Así por ejemplo era posible que un político conservador como José Ignacio Vernaza, ex gobernador del Valle, se mostrara complacido frente a la apertura de una escuela de artes y oficios en la ciudad; en una oración eufórica, donde se hacía apología al ejemplo del santo “Don Bosco” como redentor de los que hacían parte del “limo social”, Vernaza recibía con agrado que una casa de “trabajo y oración”, fuese dada a “los hijos del pueblo” (1950: 42-44). El Concejo Municipal por su parte presentaba sus saludos a los trabajadores en la inauguración de las sesiones ordinarias del período 1945-1947; ofrecía “un cálido saludo a las masas trabajadoras del distrito” y expresaba que el pensamiento del cabildo era el de proseguir en la tarea de “mejoramiento” del nivel de las masas obreras, en el plano cultural, como económico y social, “de tal suerte que llegue a establecerse un franco y leal entendimiento entre las fuerzas patronales y obreristas”, en la forma como lo anhelan los organismos directivos del Trabajo, el Gobierno Colombiano y las entidades industriales” (Relator, Cali 1 de noviembre de 1945: 7). Lo que se buscaba, y aquí puede verse claramente, era lograr una relación menos violenta entre obreros y patronos; no se menciona específicamente a los sindicatos -de ahí la calidez

del saludo- pero se hace énfasis en el compromiso que los concejales sienten con respecto a los trabajadores.

Ahora bien, los enemigos de la búsqueda de una relación menos violenta entre “obreros y patronos” eran los agitadores y antipatrióticos directores sindicales. En los primeros días de noviembre de 1945 se presentaría una huelga de los obreros del Consorcio de Lecherías, catalogada por los periódicos de la ciudad como “abiertamente ilegal y sospechosa (...) un movimiento empujado por los comunistas, como un espantajo demagógico”, y ocasionado por “las leyendas falaces de los desocupados” y “la mala fe de quienes sin trabajar, gustan de explotar a las gentes trabajadoras” (Relator, Cali 5 de noviembre de 1945: 1-2). Se puede notar entonces la distinción que se hace entre trabajadores y desocupados: el rechazo va a ser para los últimos, lo que incluía implícitamente a los trabajadores sindicalizados, pues representaban las malas intenciones e intereses que no eran los de los obreros de verdad. La huelga, en términos formales, era reconocida como un “resorte” constitucional “valioso y delicado”; pero resultaba inadmisibles que se convirtiera en un mecanismo “de simple agresión”, de “estulticia y sordidez”, y eso era lo que había acontecido aparentemente en el Consorcio de Lecherías, al parecer de los empresarios, algunos concejales y otras autoridades de la ciudad. De esto resultaba un llamado a los trabajadores para que fueran muy cautos, “porque no siempre es el león como lo pintan y será a toda hora irritante que a nombre de defensas obreras se realicen especulaciones de tan incalificable calaña, actos absurdos y bárbaros como el de secar un acueducto o derramar en las calles la leche o de privar a los enfermos de drogas, auxilios o alimentos” (p.4).

Puede verse entonces que las huelgas, en modo abstracto e ideal, eran un recurso contemplado en la Constitución, pero en su dimensión real constituían un fenómeno que era preferible evitar, una amenaza pavorosa a los ojos de los dirigentes políticos. Las huelgas reales, u otro tipo de conflicto donde aparecieran los sindicatos, se veían como un obstáculo absurdo para el desarrollo del país y la ciudad, no podían ser vistas más que como el resultado de agitadores comunistas. Así el paro general con que amenazaba la central única de sindicatos a fines de 1945 resultaba ser un chantaje de los agitadores comunistas; la Confederación de Trabajadores de Colombia (C.T.C.) que comandaba tal acción no representaba a las verdaderas fuerzas de los trabajadores, ni perseguía sus justas reivindicaciones, pues antes las perturbaba, las dañaba y les infería “hondo perjuicio” (Relator, Cali 29 de noviembre de 1945: 4).

En este mismo orden de ideas días después se presentaba el trágico balance de una “huelga loca”: en los últimos días de noviembre de 1945, en la mina de carbón de “Los Chorros”, de propiedad del Ferrocarril del Pacífico, se había presentado un proceso de “agitación social” bajo la dirección del Sindicato de Mineros del Valle, donde resultó muerto el obrero indígena Antidio Pupiales (Relator, Cali 30 de noviembre de 1945: 1). El cadáver del trabajador muerto fue paseado por las calles de Cali, su velación se llevó a cabo en la Federación Departamental del Trabajo (Fedetav) y duró tres días, por lo que se enviaron desde Bogotá fuerzas de la policía nacional para guardar el orden (Relator, Cali 1 de diciembre de 1945: 1-2). Este acontecimiento fue leído por algunos sectores como un “desafío rojo”, haciendo referencia a la supuesta influencia del comunismo, pues todo esto sucedía “bajo la sombra de las banderas de Rusia” donde “los *agitadores de turno* pronunciaban violentas palabras contra el gobierno y lo que el comunismo llama los sistemas burgueses” (Diario del Pacífico, Cali 1 de diciembre de 1945: 4)⁹. Lo acontecido en esta ocasión no podía ser una expresión legítima de los trabajadores de las minas de la ciudad, la muerte de Antidio Pupiales era entonces un “pretexto” del comunismo, una excusa de esa “exigua pero vociferante fuerza política” que había gestado el mal por mucho tiempo y ahora buscaba convertir su programa en obra, “el odio en hechos” y la “algazara en rebeldía”. Por eso era necesario que el gobierno castigara a los responsables; de lo contrario seguirían los chantajes y estados de alarma ocasionados por los “azuzadores rojos”.

Según la febril imaginación de los columnistas de los diarios locales la movilización, suscitada por la muerte del minero había desembocado en una “triste manifestación pública”, con “pretexto de violencia y de agitación subversiva” tales eventos aparecían como el corolario de una táctica sindical errada de parte de la Federación Departamental del Trabajo, que:

Ha venido propiciando un estado de subversión pública, invitando a los obreros a declarar la huelga sin previo aviso a los patronos y a la vez a desconocer la Constitución de Colombia y las leyes que rigen sobre huelgas. Un agitador comunista de apellido Borja es en gran parte el responsable de estos hechos y es el mismo Borja el que pronuncia discursos de crudo sabor revolucionario y el que recibe también estipendios. Borja no trabaja de balde, *como no trabajan generalmente los explotadores del pueblo, quienes lo engañan, lo lanzan a la revuelta y luego se alzan con el santo y la limosna* (Diario del Pacífico, Cali 3 de diciembre de 1945: 4)¹⁰

⁹ La cursiva es mía.

¹⁰ La cursiva es mía.

Uno de esos explotadores del pueblo, entre otros, era la C.T.C. e igualmente la Federación Departamental del Trabajo; estas entidades eran una reproducción de “la anarquía, el caos social, la revolución y la matanza”, esencia de la “malla sindical comunista” que el país había comenzado a romper, acercándose cada vez más a “un orden de armonía entre los intereses de los patronos y de los trabajadores”. Aparecían así todos los asociados o simpatizantes a estas organizaciones como facciones de la “esclavitud marxista”, alimentada por los “sindicatos rojos”. Pero esos sindicatos rojos no eran el grueso de los trabajadores, constituían apenas una desviación, un mal adquirido y una amenaza que pronto recibiría serias enmiendas.

El senador Francisco J. Chaux, liberal caucano que fue figura determinante durante los años treinta, así lo creía: “nadie podría negar que debido a las necesidades demagógicas los problemas del trabajo han sido desorientados de su fondo y esencia en beneficio de una política caudillesca”; por lo mismo alguien había sido “hondamente perjudicado por los métodos de la agitación clasista y de la violencia del sindicalismo politiquero”, quién era esa víctima parecía una obviedad:

Ese alguien es el pueblo, sociológicamente considerado como elemento humano, social y resorte o base de cultura y bienestar patrio. (...) Si antes era posible que se le explotara [al pueblo] por un capitalismo sórdido y holgazán, ahora está entregado a todas las maquinaciones de todo agitador y de todo traficante con sus miserias y desgracias, con la agravante de que lleva orientaciones destructoras de sus propias fuentes de subsistencia (Relator, Cali 4 de diciembre de 1945:4)

Según este senador, detrás de los trabajadores relacionados con los sindicatos estaban los comunistas “biliosos y amotinados”, razón por la cual “insistir en nuevas plataformas de beneficio para el asalariado” era aventurado, especialmente en “horas en que una deplorable infección bolchevique altera todos los legítimos movimientos de los trabajadores” (Diario del Pacífico, Cali 4 de diciembre de 1945: 4). Por vía de una infundada suposición se descartaba entonces la legislación laboral en palabras de un senador. No puede sorprendernos entonces el hecho de que se haya desconocido como legítimo en la ciudad la realización del VII Congreso Obrero Nacional; opiniones similares a las del senador citado hacían pensar que el Congreso Obrero no era más que una ruidosa reunión de la que solo podían salir “unos cuantos panfletos y protestas demagógicas. Pero ninguna orientación cuerda, sana, sensata, serena, en beneficio de las clases trabajadoras” (Relator, Cali 8 de diciembre de 1945:4).

Se creía además que la relación que el Estado había tenido con el sindicalismo durante los primeros gobiernos liberales no había sido la mejor, lo que había venido ocurriendo en esta materia era visto por algunos sectores de la ciudad como “un deslizamiento hacia las tácticas soviéticas con las cuales se organiza la revolución universal” (Diario del Pacífico, Cali 18 de diciembre de 1945: 4). Postura que hacía pensar que si López Pumarejo hubiera continuado gobernando al país, se había dado en Colombia “el desastre social de Méjico y la tremenda crisis interna de Francia antes de la guerra y de España cuando la Revolución de Octubre”. Todo movimiento sindical en apariencia disidente del gobierno era captado como un “empeño subversivo” o un intento golpista que se encontraba, eso sí, con la dura y patriótica mano del nuevo presidente, Alberto Lleras, en actitud valerosa y patriótica.

Las más pequeñas muestras o evidencias de un comportamiento distinto al esperado, eran para las élites las muestras indiscutibles de una siniestra rebelión roja que se cernía sobre todo el país y el pueblo. Así pasó cuando el Sindicato Ferroviario de la ciudad no expidió formalmente el decreto de huelga cuando decidió apoyar a otras instituciones sindicales del país, y en su lugar habría hecho “declaraciones literarias montadas en una literatura biliosa que habla de burgueses, patrones, gobierno reaccionario y tantos pobres y desvalorizados vocablos de la manida jerga moscovita, [que] no pasa de ser el eterno ‘cheque chimbo’”. Todos los sindicatos de la ciudad que prestaron su apoyo a la CTC y al paro en el río Magdalena a fines de 1945, fueron señalados como parte de este oscuro movimiento político de la “demagogia comunista”. No se podía contradecir al presidente Lleras, pues éste iba “por la salvaguardia de la constitución y, ante todo, por los *bien entendidos* intereses y derechos de los obreros colombianos” (Relator, Cali 21 de diciembre de 1945: 4)¹¹. Esos sindicatos que “entendían mal”, cuando el gobierno más los necesitaba, le habían dado una “puñalada traperera” (Relator, Cali 28 de diciembre de 1945: 4). Era así como se le daba una dimensión local al proceso de disolución del sindicalismo de la República Liberal, lo que se prestaba con todos sus colores -matices y variaciones de un rojo aterrador- para imaginar el rostro del pueblo.

La eliminación del conflicto o el sindicalismo conservador

El paso de Lleras Camargo por la presidencia de la república, en el año que faltaba al período constitucional de López, afirmó la postura de los conservadores y, en general, de la élite política; esto calmó los ánimos y abrió el retroceso de los triunfos del sindicalismo¹². La pausa de las reformas

¹¹ La cursiva es mía.

¹² Una caracterización esquemática de lo que representó el repliegue de la CTC, fundada por

esbozadas por los sectores más radicales del liberalismo era ya total. El ataque directo y enconado al comunismo puede explicarse desde aquí. Pero tiene que entenderse que este fue uno sólo de los momentos de esa serie de ataques; entre los primeros años de la década del treinta hasta bien entrada la década de los setenta las oposiciones al comunismo, aderezadas con una cierta paranoia en sintonía con el desarrollo de la Guerra Fría, gozarán de una notable virulencia. En lo que respecta a nuestro punto de vista encontramos que “La amenaza comunista” encarnada supuestamente en los sindicatos “politizados”, como una representación sistemática, fue entendida como un riesgo grave para el pueblo, cuya buena parte estaba conformada por las “masas trabajadoras”, éste pueblo era proclive a esta “infección”; por tanto había que cuidarlo y apartarlo de tan hondo equívoco.

A los ojos de algunos observadores los “reclamos obreros” eran resultado de los desordenados comunistas, y ello era inexplicable, pensando que se trataba de un partido que se encontraba en “quiebra” en “todo el mundo”; y además de inexplicable resultaba nocivo, pues el sindicalismo no era sólo un “factor de defensa de las clases trabajadoras”, sino que era además un “conducto de progreso público”, pero realmente cercano al progreso estaba el “sindicalismo verdadero”:

El sindicalismo tal como lo concibió antenoche, en su magistral conferencia, el doctor Mariano Ospina Pérez, porque el otro sindicalismo, el que nos dejó como saldo de su agresiva administración el ex-presidente López, no alcanza a ser sino motivo de anarquía proletaria, razón de desasociego (sic) público y quebrantamiento de la dignidad obrera (Diario del Pacífico, Cali 3 de abril de 1946: 4)

Para entonces las elecciones estaban próximas, y el candidato de la Unión Nacional era entonces quien mejor podría enfrentar aquel pernicioso sindicalismo: Mariano Ospina hablaba “para toda la patria” y, “particularmente a los hombres de trabajo”, con “emoción de cristiano y de patriota”, en un lenguaje franco y sin hipocresía. Se trataba de un acercamiento sincero, pues este acercamiento del nuevo candidato no se reducía a tomarse fotos como supuestamente lo hiciera López, “retratos cuya publicación profusa creaba la mentira convencional del caudillo que se acerca al pueblo” (Diario del Pacífico, Cali 8 de abril de 1946: 4), por el contrario Ospina “trabajaba hombro a hombro” junto a los mineros, los ferroviarios, los peones de las carreteras nacionales, los ganaderos y hasta los albañiles. Resultaba incluso -si seguimos el periódico

los liberales, y la apertura de una nueva central sindical muy cercana a la Iglesia Católica (la UTC), puede encontrarse en el trabajo de Rocío Londoño (1989) y María Mercedes Cuéllar (2009). Para un estudio más reciente, pero no por ello mejor elaborado, ver el texto de Álvaro Oviedo (2009).

citado- que todos los colombianos eran trabajadores, pero eso sí “con excepción de los que han hecho de la explotación demagógica y manzanillesca (sic) del pueblo una profesión lucrativa”.

Para ese candidato presidencial, miembro del Partido Conservador, el sindicato era necesario para el mejoramiento de los obreros, era “su fuerza defensiva y su más poderoso auxiliar en la lucha contra la codicia de los capitalistas”; pero ese sindicato debía ser apolítico, que venía a ser lo mismo que “estar protegido contra la agitación de los bolcheviques que tratan de convertirlo en terrible arma de la lucha de clases”, era entonces urgente salvar a los obreros “del ateísmo y encausar sus actividades a un orden espiritual que les asegure la pacífica convivencia social” (Diario del Pacífico, Cali 3 de abril de 1946, pág. 4). El reto, desprendido y entendido de estas fórmulas por los políticos de Cali, era entonces permitir a los obreros “ser la medida del equilibrio en un orbe despedazado por el odio y que cada día se precipita hacia el abismo de la revolución” (Diario del Pacífico, Cali 3 de abril de 1946: 4).

A comienzos de 1946 puede registrarse la circulación de un discurso más amable para con los trabajadores, y esto no sólo provenía del lado de los conservadores (quienes anunciaban su propia y renovada política social, libre, según ellos, de imposturas y demagogias) sino también de los liberales. Apenas dos días después del primero de mayo, día emblemático para el sindicalismo, una prestante dama de Cali dedicó su espacio habitual en el diario liberal a la “disciplina trabajadora”. Mientras le realizaban unas refacciones a su casa, Clara Inés Suárez de Zawadzky tuvo la oportunidad de ver como trabajaba un pequeño grupo de obreros, comandados, eso sí, por un ingeniero. Tal observación llevaría a la dama referida a “rectificar muchos conceptos” ya que nunca había imaginado, confesaba, que “un oficio de esta naturaleza pudiera realizarse en forma tan limpia, ordenada, metódica y aparentemente fácil”; y también a pensar que “de veras ellos si ganan su vida como nadie la gana”. Su coordinación y “simpatía” le daban “la sensación de que todos los trabajadores sienten por el patrón un gran afecto pero a la vez un gran respeto”, respeto en cuanto de parte y parte no se atropellaba ninguna valla “con las distancias y jerarquías debidamente guardadas”. En fin, la “buena voluntad” y la “disposición” de los obreros observados llevaban a la señora Suárez a una agradable constatación: “El trabajo de estos honrados hijos del pueblo, me ha servido de ejemplo y de enseñanza, es una lección objetiva de la bondad íntima que predomina en nuestras masas tan susceptibles como las que más para asimilar el bien y el progreso cuando se las encauza noblemente” (Relator, Cali 3 de mayo de 1946: 4).

Unas pequeñas reformas hechas a la casa de la columnista fueron el vehículo perfecto para la expresión de un tipo diferente de sensibilidad frente al obrero; esta representación, desde luego, exceptuaba a los representantes de los sindicatos, y estaba orientada más bien al obrero respetuoso, al afectuoso pecho lleno de virtudes de los trabajadores rasos. Nada tenían que ver esos juiciosos trabajadores con los exaltados y agitadores sindicalistas. Por un lado se usaba el origen popular como instrumento de afirmación: esos buenos trabajadores figuraban como *hijos del pueblo*, pero por otra parte esto demostraba que ese pueblo encauzado *noblemente* podía asimilar *el bien y el progreso*. Es eso lo que queremos señalar: estos cambios de visión, fragmentarios y un tanto confusos, revelan la presencia del “pueblo” como un sujeto amenazado o como una figura de afirmación; la amenaza de los liberales radicales en la dirección sindical parecía estar siendo neutralizada, y la idea de pueblo se prestaba para darle el visto bueno a lo que esperaban los liberales moderados y los conservadores. Lejos estaban los sindicalistas “rojos” de los verdaderos trabajadores, de los hijos del pueblo; y esos hijos recibirían prontamente lo justo, según sus conductores.

La sorpresiva candidatura presidencial del conservador Mariano Ospina Pérez sirvió para refrendar la representación positiva de ciertos sectores del mundo del trabajo, encontramos que motoristas (choferes de taxis y autobuses) y vendedores ambulantes que simpatizaron con esta candidatura eran invitados a reuniones y a formar comités, por lo que se decía abiertamente que la campaña de Ospina había encontrado “eco en todas las esferas del trabajo” (Diario del Pacífico, Cali 12 de abril de 1946: 1). La identificación de un sector legítimo de trabajadores, alejado del sindicalismo politizado y la agitación comunista, así como la descripción dramática de sus cualidades, aportaba imágenes en la construcción de representaciones sobre el pueblo. Por ejemplo se reproducían las conferencias de políticos de talla nacional bajo títulos altisonantes como “Hay Hastío por los Gobiernos de Secta, por Eso, el Pueblo Consagrará a Mariano Ospina Pérez”. Veamos esta nueva sensibilidad frente a los trabajadores cuajada en las palabras de Augusto Ramírez Moreno, que Diario del Pacífico reproducía con el mencionado titular:

Tú, hombre de la fábrica, que resoplas y te maltratas y jadeas entre los muros poblados de ruidos y de olores violentos; tú, hombre del taller, que respiras una atmósfera de infierno y de que te dueles en cada cicatriz (sic) o parado en tu andamio, de los tatuajes con que te marcó el infortunio; tú, que a fuerza de inclinarse humildemente hacia el suelo, en busca de los rotos fragmentos de tu esperanza, recogiste del polvo atormentado el azogue de la cólera que te mece y te altiva y te hace rugir como una amarga ola de mar, tienes en Ospina a tu camarada (Diario del Pacífico, Cali 12 de abril de 1946: 7)

Luego venía una elaboración de la imagen del presidente, quien se iba transformando dramáticamente en obrero:

...él, por desvelarse sobre tus circunstancias y tus anhelos y tus penas, abandonó las comodidades y quehaceres de su posición, para vivir como ingeniero pobre, y ha blandido el martillo y agarró la tenaza y se chamuscó la piel con el fuego que moldea los metales y se hundió en la negrura de los socavones inseguros y se rompió los dedos en las tuercas rebeldes. Vota por tu camarada, hombre colérico de la fábrica, por él vota tú, artesano desolado (Diario del Pacífico, Cali 12 de abril de 1946: 7)

Ospina Pérez, según la visión de Ramírez, creía en la propiedad, sabía que “el pordiosero miserable” era “dueño al menos de sus zapatos rotos”, buscaba introducir al obrero al gremio de los propietarios, no prometía “hacerse cómplice en el crimen de una revolución”; su compromiso, se le decía al obrero, era ser el guía “en una cruzada para hacer del trabajo una ciencia y del trabajador un pequeño sabio reposado, creador y triunfante” (Diario del Pacífico, Cali 12 de abril de 1946: 7). El sagrado derecho a la propiedad, el mismo recurso ideológico que le provocó tantas escaramuzas a los que temieron y sobreestimaron la ley 200 de 1936, era usado ahora para captar la atención de los trabajadores. Vemos en todo esto una cuestión fundamental: un intento de cambio de dirección frente a la vida de los trabajadores y los sindicatos: el llamado era a abandonar aquellas ideas de la “revolución” y entrar a un mundo armonioso del trabajo sin conflictos, ni rojos, ni exaltados.

Los conservadores de la ciudad adoptaban las posturas de ciertos políticos notables de otros lugares del país desde las páginas de Diario del Pacífico. Se decía entonces, siguiendo a Gilberto Alzate Avendaño, que el crecimiento de los sindicatos durante la República Liberal había sido artificial, y no como núcleos de defensa económica sino como “cuadros políticos del régimen para la movilización de las masas” (Diario del Pacífico, Cali 4 de mayo de 1946: 4). Aquellos, los del pasado liberal, eran obreros con un “exasperado sentido de la lucha de clases”, fuerzas de choque que el prometedor gobierno de un conservador podía cambiar. El sindicato ideal iba a ser la base del orden social cristiano, porque lo que se perseguía concretamente era el “sindicato político o, para hablar más claramente, (el) sindicato intervenido por el comunismo” (Diario del Pacífico, Cali 23 de mayo de 1946: 4). Lo que se quería defender era un “sano sindicalismo” sin “saboteadores comunistas”. Máxime cuando los conservadores no encontraban, a su llegada al poder, una gran central obrera, sino: “varias camarillas raquílicas, hostiles entre sí, y sólo preocupadas por imponer, las unas sobre las otras, el pírrico triunfo de los personalismos hirsutos” (Diario del Pacífico, Cali 23 de mayo de 1946: 4).

El nuevo momento que se va a abrir desde agosto de 1946 lo podríamos interpretar como la movilización de los imaginarios locales en busca de legitimidad para el gobierno nacional, para entonces en cabeza del Partido Conservador. Dichos imaginarios los encontramos nutridos con experiencias de otros países de América Latina y con esquemas de identidad que sobrepasan la tradicional división partidista. Se llegó a citar “el gran discurso” pronunciado por el coronel Perón en Buenos Aires en su posesión presidencial, donde se ponía de relieve “la política social de las derechas en el mundo” (Diario del Pacífico, Cali 5 de junio de 1946: 4)¹³; se hablaba, al mismo tiempo, de los avances obtenidos en la conferencia universal del trabajo, reunida en París en 1945. El cambio frente a los sindicatos era parte de una nueva política social, una “conservadora”; es importante entonces señalar como se hacía referencia a experiencias internacionales para alimentar la posición frente a los discontinuados sindicatos rojos de saboteadores y agitadores, no sólo bastaba con adscribir la nueva política los ideales del Partido Conservador, y oponerlos a los del Liberal, sino que también era necesario ponerla en consonancia con las dinámicas de otros países.

Era necesario defender a los trabajadores, a los verdaderos trabajadores, que como parte del pueblo contaban con rasgos rescatables. Aunque también, por eso mismo, eran vulnerables a ciertas conductas inapropiadas. Con ese objetivo se denunciaba, por ejemplo, la existencia de un cabaret en la carrera 15 con calle 25 donde se ponía música a alto volumen y mujeres de “vida licenciosa” atentaban “contra la moral y las buenas costumbres”, ese sector era habitado por “gentes trabajadoras y dignas de consideraciones”, cuestión alarmante si se pensaba que:

Nuestros obreros necesitan reposo durante la noche para madrugar a sus labores cotidianas, pero si la baraunda (sic) formada por mujeres embriagadas y el alto volumen de un toca-discos no les deja conciliar el sueño, no es posible que aquellos obreros puedan estar suficientemente descansados para la nueva jornada (Diario del Pacífico, Cali 28 de junio de 1946: 7)

Puede verse como, además de los supuestos comunistas “explotadores del pueblo” que solo perseguían sus propios intereses, otra amenaza latente era el desorden, las expresiones de inmoralidad que podían afectar a los

¹³ Visualizando el futuro del país se decía con verdadero entusiasmo “Va a acontecer algo de lo que ha pasado en la Argentina en donde un insigne capitán de muchedumbres y abanderado de la justicia social se enfrentó a las oligarquías plutocráticas e hizo un movimiento popular que no se puede considerar como un fruto demagógico sino como expresión de los anhelos del pueblo y de sus afanes por mejorar y dignificar a todos aquellos que viven exclusivamente de su trabajo.” (Diario del Pacífico, Cali 5 de junio de 1946: 4) Para un tratamiento histórico de la cuestión de los trabajadores en el caso argentino ver el sugestivo trabajo de Marcela Gené (2005).

trabajadores, bien de un modo externo -con la perturbación del sueño y el vecindario- o bien de un modo más preocupante -que era la afectación directa que provocaba el mundo de las cantinas y el alcohol absorbiendo a los trabajadores-. Se requería entonces poner un freno a este tipo de problemáticas, era urgente, para el caso citado, retirar aquellas malas influencias toda vez que el sector era “la residencia de un núcleo de obreros dignos de las consideraciones a que tienen derecho todos los ciudadanos honorables” (Diario del Pacífico, Cali 28 de junio de 1946: 7). Siempre que se pensara en unos trabajadores alejados del sindicalismo y la agitación se hacía referencia a un elemento obrero sano y digno de respeto; si eran los sindicalistas y los exaltados quienes recibían la mirada, se les encontraba cercanos al vicio y a las conductas inmorales.

Pero no todos los sectores de la ciudad expresaban el mismo malestar hacia los sindicalistas. El Concejo Municipal no vacilaría en prestar apoyo a los trabajadores, así fuera por medio de los cuestionados dirigentes sindicales. Fue así como llegó a destinar 500 pesos “para la celebración de la Fiesta del Trabajo en la ciudad”; suma que sería entregada al Tesorero de la Federación Departamental del Trabajo ese primero de mayo (A.H.C., Fondo Concejo, Gaceta Municipal, Tomo 56, Número 635, 30 de abril de 1946, Acuerdo No. 83: 2953). Inclusive destinó dos mil pesos a los delegados que habrían de asistir al Décimo Congreso Sindical, que habría de reunirse el 10 de agosto en la ciudad de Medellín (A.H.C., Fondo Concejo, Gaceta Municipal, Tomo 58, Número 636, 30 de junio de 1946, Acuerdo No. 91: 2971). La Federación Departamental, tan mal vista por quienes la asociaban a la C.T.C. y a la agitación comunista, no era fruto de prevenciones importantes de parte de la mayoría de los concejales. Esto, sin embargo, ya había traído discusiones, pues los sectores ajenos a la mayoría liberal del Concejo lo consideraban como un gran desacierto. Esa clase de decisiones frente a los congresos y reuniones sindicales, según los columnistas de Relator, no eran regidas por la inteligencia ni por el estudio, estando más bien relacionadas con “las impulsiones instintivas”, pues a esas reuniones concurrían “gentes impreparadas (sic), dominadas por los sentimientos demagógicos, sin la menor ilustración sobre los problemas que se plantean” (Relator, Cali 28 de noviembre de 1945: 4), por lo que resultaba un despropósito aquel tipo de ayudas. La política, se afirmaba, estaba experimentando “cambios muy sustanciales”, “Y es del mismo pueblo, en los sectores trabajadores, donde apunta la reacción contra los métodos demagógicos” (Relator, Cali 28 de noviembre de 1945: 4). Entonces “la reacción salvadora”, en vista de lo anterior caminaba “de abajo hacia arriba”: “El pueblo dará la lección de cordura. No importa la demora: El proceso camina despacio pero con perfecta certeza. Los mismos frentes engañados del pueblo

impondrán la abrogación de la insensata política demagógica” (Relator, Cali 28 de noviembre de 1945: 4).

La labor del Concejo, para quienes la consideraban incorrecta, aparecía como un obstáculo frente al prometedor porvenir político donde el mismo pueblo, de abajo hacia arriba, rechazaba y ponía en su lugar a los agitadores y explotadores. Quizás esto explique que durante los intentos de huelgas algunos grupos de trabajadores sindicalizados hayan acudido a la corporación edilicia: el Sindicato de Motoristas Asalariados se dirigía directamente al Concejo exigiendo que se pusiera fin a la “persecución de los obreros del volante” (A.H.C., Fondo Concejo, Correspondencia, 1946, Oficio Número 622, 6 de noviembre de 1946). El gobernador del Valle del Cauca había pedido al presidente que se declarara perturbado el orden público lo que parecía muy exagerado a los ojos de los asociados al Sindicato de Motoristas Asalariados y a la mayoría de concejales de la ciudad; otros sindicatos intentaron apoyar a los motoristas y en su respectivo momento lo hicieron saber al Concejo. El Sindicato de Tejar de Santa Mónica, por ejemplo, decía que era “deber ineludible de todo trabajador luchar contra los especuladores y acaparadores que están consumiendo el pueblo en la más grande miseria” (A.H.C., Fondo Concejo, Correspondencia, 1946, 10 de septiembre de 1946.).

Pero hay otra faceta del Concejo Municipal que hay que resaltar, pues aunque por un buen tiempo era notable la aceptación de aquella entidad hacia los sindicatos, en algún momento puede leerse como la negociación sin conflictos ni huelgas, apuesta del partido conservador frente a lo que antes habían sido los sindicatos, pasa a ser una clara visión ejercida por los concejales¹⁴. Sin mediación alguna del Ministerio de Trabajo ni la Inspección Departamental del mismo ramo -instituciones encargadas de captar y dar solución a los problemas de los trabajadores- el Concejo resolvía las peticiones del Sindicato de Obras Públicas y Aseo del Municipio, aumentando los ingresos menores de 100 pesos en un 12%, y los mayores de 100 y menores de 250 pesos en un 7%; así mismo creaba el puesto de “Farmacéutico Supernumerario” con un salario de 150 pesos mensuales “a fin de que no haya interrupción en el despacho de fórmulas” (A.H.C., Fondo Concejo, Gaceta Municipal, Tomo 65, Número 651, 5 de mayo de 1947, Acuerdo No. 85: 108). Los intentos de huelga de 1946 habían fracasado y aunque el Concejo había apoyado parcialmente la asistencia de los trabajadores de Cali a congresos sindicales sin prestar atención a las caracterizaciones negativas que se hacían

¹⁴ En la documentación oficial se ha constatado la sistemática prohibición a las estaciones de radio de no transmitir ningún tipo de noticias sobre movimientos huelguísticos en estos años, lo que deja ver todas las prevenciones con respecto a la necesidad de ocultar el conflicto (Charry, 2010: 73).

desde los medios de opinión liberales y conservadores, ahora entraba en la lógica que tantas alabanzas recibía de parte del Partido Conservador: el mínimo de huelgas y conflictos del trabajo y la evasión de cualquier expresión sindical por medio de la resolución rápida y unilateral de los problemas.

Fue en este sentido que el Concejo apoyó, entre otras causas, a la Asociación Departamental de Maestros con 1000 pesos, destinados a la construcción de una Casa del Maestro (A.H.C., Fondo Concejo, Gaceta Municipal, Tomo 63, Número 656, 20 de junio de 1947, Acuerdo No. 116, pág. 190); esto no indica propiamente una satisfacción total de las solicitudes de los trabajadores, sino más bien un conjunto de medidas, unilaterales la mayoría de las veces, que buscaban por todos los medios dejar atrás la crecida y constante repetición de expresiones violentas de parte del sindicalismo¹⁵. Pocos meses después se repetía la negociación con el Sindicato de Obras Públicas y Aseo del Municipio, donde se aumentaban de nuevo los salarios, se fijaba el pago de la prima de navidad, y se establecían los gastos para entierro del personal que falleciera al servicio del municipio (A.H.C., Fondo Concejo, Gaceta Municipal, Tomo 63, Número 672, 29 de diciembre de 1947, Acuerdo No. 497: 499-500). Es importante ver que no se hace referencia a ningún tipo de legislación laboral en estos movimientos institucionales, los montos y procedimientos del sistema de primas, auxilios y aumentos parecían entonces depender exclusivamente de la voluntad y liquidez de los funcionarios y recursos del municipio antes que de las disposiciones jurídicas sobre el mundo laboral. De ahí que pueda observarse en este tipo de medidas una serie de concesiones en toda manera diferentes a las conquistas de los sindicatos.

No resulta en nada exagerado asumir que la llegada del Partido Conservador al poder ejecutivo posibilitó una relación renovada con los trabajadores; así por ejemplo para las elecciones de marzo de 1947 se constituía en Cali un Comité Pro-Unión nacional de Barberos, integrado por personas “honorables” (Diario del Pacífico, Cali 6 de febrero de 1947: 1). Los comicios electorales que se llevarían a cabo a comienzos de 1947 servían para publicitar ese cambio que se daba por realizado: un abandono del sindicalismo rojo y amenazante y la consolidación en la escena pública de unos trabajadores bondadosos y nada problemáticos en los que la patria podía confiar. A las conquistas de antes de 1946, decía un editorial de Diario del Pacífico, el liberalismo les había impreso un “sabor demagógico” (Diario del Pacífico, Cali 7 de febrero de 1947: 4); se establecía, de esa manera, distancia con un pasado que no debía volver: lejos ya estaban los años aquellos de los

¹⁵ Para una idea inicial de la regularidad de huelgas y conflictos obreros antes y durante la República Liberal ver (Archila, 435-446). Desde 1946 en adelante el número de huelgas irá descendiendo hasta hacerse casi nulo.

trabajadores agitados y saboteados por la “demagogia” de los malintencionados. En el diario liberal, Relator, la visión no era muy diferente; el paro que había convocado la CTC para mediados de 1947 era “ilegal y absurdo”, un “acto alocado” ocasionado por el último “foco de agitación” que quedaba: “los obreros ferroviarios” (Relator, Cali 12 de mayo de 1947: 4)¹⁶. 1947 había sido “un mal año para la demagogia”, así lo mostraban las experiencias de otros países: “El sindicalismo político es la fruta prohibida de la organización obrera. La inevitable pena de comerla conduce a esas organizaciones a su propia destrucción. La trayectoria es ruinosa y por ella las hemos visto resbalar en este año convulsionado de 1947” (Relator, Cali 18 de diciembre de 1947: 4).

Ese resbalón de las organizaciones sindicales parecía ser un fenómeno general en el resto del país. Después de los fracasos de la principal central obrera entre 1945 y 1948 (tales como su oposición al candidato presidencial liberal Jorge Eliécer Gaitán, la realización de paros ineficaces, la llamada insistente y nunca escuchada a una huelga general) resultaba complicado que los sindicatos siguieran ejerciendo el papel determinante en la solución de conflictos laborales que tenían en los años treinta. En parte la existencia de un sindicalismo fuerte como el de los gobiernos de Alfonso López Pumarejo era una suerte de prueba a la democracia colombiana, ya se han visto algunas imágenes de lo que significaban esos trabajadores y sindicatos rojos e infectados de comunismo. Desde 1947 se ve entonces una rectificación; intentos de corregir ese mal rumbo y volver a un cauce apacible, a una sociedad libre del escándalo de los sindicalistas ajenos a los verdaderos intereses del pueblo.

Aquí podemos recordar la reflexión sobre la cuestión obrera dentro de la difícil definición de los límites de una representación democrática del pueblo soberano: el sufragio universal insta una igualdad problemática en cuanto da igual peso a todos los individuos y niega sus diferencias. Según el sociólogo francés Pierre Rosanvallon esto explicaría el surgimiento de candidaturas obreras en las elecciones francesas de las décadas centrales del XIX, pues había una carencia cuando se pensaba en quienes representaban al mundo obrero frente a las instituciones republicanas (2004: 66-86). El sindicalismo crecería posteriormente, afirma Rosanvallon, en el seno de una cultura crítica de la democracia electoral; así mismo se ofrecería como una solución a la aporía representativa del pueblo, acortando la distancia entre representante y representado en una “pura encarnación de lo social” (p: 196)¹⁷. No se cuenta

¹⁶ El paro, se afirmaba, era un “suicidio colectivo”.

¹⁷ “En el sindicato, soberanía real del pueblo, autonomía de los individuos y representación pueden ir a la par. Entonces, encarna un nuevo tipo de sujeto político que permite trascender

aquí con los elementos para reflexionar sobre el sindicalismo colombiano como respuesta al déficit de representación democrática propia de los regímenes republicanos, además eso desbordaría los objetivos de la presente reflexión, el interés más bien es señalar esta pérdida de fuerza de una primera generación del sindicalismo como la pérdida de capacidad de estos sindicatos para representar la soberanía del pueblo. Los políticos de Cali que tan fuertemente se oponían a la “agitación” y al “sabotaje” que creían ver en casi todas las expresiones obreras de inconformidad, percibían una desvinculación entre sindicalismo, tal como funcionaba hasta 1945, y el pueblo con sus intereses; es decir, el soberano de la democracia, fuente del poder y legitimidad, no tenía ninguna relación con la estridencia y obrar malicioso de los sindicatos rojos y exaltados.

Las asociaciones de trabajadores, que de alguna forma u otra pudieron subsanar la deficiencia de la efectividad representativa frente a la oficialidad del Estado, en su experiencia de años pasados, no había sido la ideal según las imágenes que elaboraron los políticos de los partidos tradicionales (tanto conservadores como liberales oficialistas). La respuesta venía a ser la construcción de unos sindicatos menos activos en el sentido de la confrontación entre obreros y patronos; entre 1948 y 1949 sucedería una expansión de los llamados gremios patronales, lo que contribuiría a que el Estado perdiera el manejo monopolístico de la cuestión social (Pécaut, 2001: 395). Puede verse una estrategia de desactivación de los antiguos focos sindicales en la referencia sistemática a la supuesta influencia del comunismo. Por ejemplo, los obreros que trabajaban en Cementos del Valle amenazaron con una huelga a comienzos de 1948 pero se creía que era posible llegar a un acuerdo; el obstáculo aquella vez, nadie más ni nadie menos, eran los “militantes” del “comunismo criollo” (Relator, Cali 5 de febrero de 1948: 1-4). Se buscaba, como se ha dicho, un nuevo ambiente para los trabajadores, donde el último recurso a abordar fuera la huelga, los obstáculos que surgieran frente a esta patriótica expectativa eran por esto fuertemente descalificados: “El comunismo criollo, subalterno del moscovita, no actúa, como todavía lo creen algunos desinformados, con leal pensamiento de ofrecerle ayuda a las clases obreras (...) el comunismo no busca el bienestar para nadie” (Relator, Cali 5 de febrero de 1948: 4).

A mediados de 1948, y estando todavía el país en estado de sitio a raíz de los desórdenes suscitados por la muerte del candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán, se emitió desde la presidencia el decreto 01832. Este fue celebrado y convenido tanto por los concejales de la ciudad como por los

directores de los diarios locales; se publicaba entonces el decreto en toda su extensión, en el cual se imponía con determinados plazos la obligatoriedad de toda empresa pública o privada de dotar a sus obreros de zapatos: “El suministro de calzado a las clases trabajadoras es una de las medidas más indicadas para elevar su nivel higiénico, mejorar sus condiciones de vida y garantizar la conservación del orden social y económico”(Relator, Cali 3 de junio de 1948: 6). Tales decretos “sociales” no eran el resultado de un proyecto político ni el fruto de un debate parlamentario, menos de la lucha firme de los trabajadores; esto deja ver su carácter que no es propiamente accidental, pero se enmarca dentro de la respuesta unilateral al problema de si los trabajadores canalizaban o no, por medio del sindicato, su vínculo real y legítimo con el pueblo. Eventos como los del nueve de abril hacían sentir a las élites políticas, de la ciudad y el país, que era necesario hacer ciertas concesiones con tal de no provocar situaciones tan conflictivas como la del aciago viernes de abril.

Se afirmaba en 1949, con esa lógica, que “el pueblo no necesita presionar con huelgas para lograr mejores salarios y prestaciones, porque el gobierno se ha adelantado a dárselas” (Diario del Pacífico, Cali 9 de diciembre de 1949: 4). Las labores del gobierno, tanto nacional como local, buscaban neutralizar a los sindicatos que pudieran buscar el conflicto, y eso implicaba “adelantarse” a brindar garantías o comodidades que se sabía iban a ser exigidas tarde o temprano por los trabajadores¹⁸. Ya en 1950 se daba noticia del éxito de este nuevo sindicalismo, sin conflictos, sin huelgas, nunca contrario al gobierno: “Felizmente ya el obrero no será más exclusivo patrimonio liberal. Él fue rescatado de la demagogia izquierdista y en la actualidad ha vuelto a ser viva y sincera entraña de Colombia”, afirmaban los columnistas del diario conservador (Diario del Pacífico, Cali 27 de febrero de 1950: 4).

El número de huelgas fue bien reducido entre 1948 y 1950¹⁹, este último año -el final del gobierno del presidente Mariano Ospina Pérez- sirvió para recoger todas esas banderas y dar un parte de salud del nuevo sindicalismo, menos liberal y ya nada demagógico, cruzado por un “real afán de mejoramiento popular” (Diario del Pacífico, Cali 1 de diciembre de 1949: 4). Atrás quedaban los días de agitación y sabotaje, de los explotadores del pueblo ajenos a su causa. Y una buena imagen de esto era el proyecto de un viaje de obreros colombianos a Roma, financiado por los empresarios con motivo de la

¹⁸ Para el caso de Medellín se ha mostrado como una considerable parte de las comodidades obreras que surgieron en las décadas del cuarenta y el cincuenta nada tenían que ver con la exigencia por vía de huelgas, y más bien respondían a estrategias de las propios industriales (Cañas, 2003).

¹⁹ Podemos tomar como ejemplo en el escenario local a los Ferrocarriles del Pacífico, dónde sólo habría una huelga en 1946, y habría que esperar hasta 1966 para la siguiente (Piñeres, 1993). Confirmación local del descalabro del sindicalismo de las dos décadas anteriores.

celebración del Año Santo. Estos obreros, claro está, tenían que ser católicos: los patronos se hallaban moralmente obligados a apoyar la iniciativa que les abrían, a sus “humildes colaboradores” (los obreros), horizontes nunca imaginados ni soñados por ellos. Los “humildes creadores de riqueza”, aparecían para entonces tan juiciosos y amables que merecían se les diera un viaje que ellos nunca hubieran podido costear, este proyecto mostraría el estado del país:

Entonces el obrero que haya viajado comprenderá que esta patria es digna de nuestra veneración porque aquí la libertad impera, la igualdad es efectiva y la fraternidad es posible, al amparo de la cruz y bajo las banderas de Colombia y de la Iglesia, entrelazadas para hermanar a nuestro pueblo, haciendo que la lucha de clases de otras partes quede entre nosotros reducida a una frontera providencial, para ayudarse recíprocamente el capital y el trabajo (Diario del Pacífico, Cali 8 de julio de 1950: 4)

Uno de los logros del gobierno era establecer la libertad sindical, lo que permitió el surgimiento formal de otra central obrera en el país, la U.T.C., cercana al direccionamiento de la Iglesia católica y con su sector más fuerte en el sindicalismo antioqueño. El componente católico fue esencial para el nuevo sindicalismo que se consolidó una vez los conservadores se afianzaron en el poder. Si el comunismo había sido una amenaza a la civilización, canalizado en este caso por los sindicatos y los trabajadores desviados, ahora el río parecía haber vuelto a su cauce; o no se había salido realmente porque la Iglesia católica nunca, ni aún en la República Liberal, dejó de ocupar posiciones trascendentales para la sociedad. Las fuerzas adversas contra el catolicismo, afirmaba el político conservador José Ignacio Vernaza, debían seguir combatiéndose, aún después de la victoria:

La eficacia misional de la Iglesia no debe acrecentarse hoy únicamente en pueblos, aldeas y regiones campesinas, ni en nuestras lejanísimas selvas vírgenes; la gran misión de CRISTO debe afianzarse y mantenerse en las barriadas de nuestras ciudades, porque es en ellas donde pulula y se multiplica el germen comunista y en donde proliferan las fuerzas sindicales (1950: 51)

El viaje de los obreros y la sentida disminución de conflictos huelguísticos les sugerían a los actores hegemónicos de Cali estar frente al ejercicio de los derechos “plenos” de los obreros; se recordaban enfáticamente los tiempos “ya lejanos, por fortuna, en que el liberalismo decidió hacer del proletariado un recurso proselitista de las peores características” (Diario del Pacífico, Cali 27 de julio de 1950: 4). Era por eso que las clases trabajadoras antes no habían logrado más que “su matrícula como fuerzas de disgregación

nacional y elementos de perturbación pública” (Diario del Pacífico, Cali 27 de julio de 1950: 4.). El sindicalismo, y esto parecía quedar demostrado hasta la saciedad, tenía que operar sin sujeción a consignas revolucionarias, por cuenta propia, “sin extravagantes apadrinamientos” (Diario del Pacífico, Cali 27 de julio de 1950: 4).

Consideraciones finales

Los políticos y los directores de los diarios de Cali, liberales y conservadores, acudieron a éstas imágenes de los trabajadores y los sindicatos “comunistas, rojos y amenazantes” para adherirse a los cambios de la política nacional, reafirmar su lugar en la sociedad y acercarse a la elaboración de la identidad de los sectores populares -apremiante tarea en estos años para los países latinoamericanos-. Esto implicaba una postura decidida frente a los conflictos del mundo laboral, y esta postura, como se ha mostrado, estaba fuertemente relacionada con las imágenes sobre la amenaza comunista y su principal víctima: el pueblo. No sólo se consideraba a los obreros como una parte esencial del pueblo en cuestión, toda desviación a los ideales propuestos, ya fuera una “agitación” o un “engaño”, era percibida como una traición a los verdaderos intereses populares.

Desde el Concejo Municipal se fue adoptando una lógica que buscaba evadir el conflicto y resolver las necesidades de los trabajadores de modo unilateral para evitar confrontaciones posteriores; fiel reflejo de la política sindical que comenzaban a tejer los conservadores desde el poder. Son evidentes los puntos de encuentro existentes entre los conflictos del mundo del trabajo y la construcción de los imaginarios sobre el pueblo, las imágenes del segundo servían para oponerse a determinadas manifestaciones del sindicalismo y, de modo complementario, las rupturas introducidas por la transformación del mundo sindical que se llevaron a cabo durante estos años, afectaron y aportaron nuevos materiales a las percepciones que se tenían de los sectores populares.

Las imágenes de trabajadores y sindicatos vociferantes, rojos y traidores aportaron material para las representaciones del pueblo; el comunismo que parecían encarnar ponía de manifiesto un interés exacerbado en cuidar a unos sectores populares que resultaban presa fácil de tan grande equivocación política, incluso, por problemático que parezca, permitían pensar la posibilidad de un pueblo decidido y sabio que enfrentaba a los malintencionados, pues era desde allí que surgían rechazos a estas expresiones; de la misma entraña popular podía brotar el antídoto para aquella peste roja que atacaba la ciudad.

Vimos cómo, en el ámbito local, se experimentó el cambio en los imaginarios que las élites políticas construían alrededor de la cuestión sindical y la identidad del pueblo; fenómenos que hallaban sus raíces en el cambio de régimen experimentado a finales de los años cuarenta. La polarización entre liberales y conservadores, que posteriormente desembocaría en el período de confrontación abierta conocido como La Violencia, alimentaba esta elaboración de imaginarios; pero ese no era el único recurso: las experiencias de otros países, el clima de la recién inaugurada Guerra Fría, y los temores legados por la Segunda Guerra Mundial jugarían un papel esencial. La revisión de la documentación de la ciudad nos permite evidenciar la especificidad de la respuesta de los políticos locales frente a un problema común a América Latina: el de integrar las crecientes masas urbanas al sistema democrático.

Entre la década de 1930 y la de 1950 casi todos los países de América Latina experimentarían movimientos, partidos o regímenes populistas (Araya, 2004). ¿Podríamos pensar nuestro problema como la expresión de una lógica populista? Si pensáramos en los debates tradicionales, que reconocen en el populismo un “sistema” de gobierno con una esencia específica, tendríamos que decir que no. Sin embargo, recientes interpretaciones nos ayudan a pensar mejor el problema de la elaboración de imaginarios sobre el pueblo²⁰. Herbert Braun, por ejemplo, nos habla de “una nueva forma de política”, donde el problema esencial era “cómo construir ordenadamente sociedades con la participación de las masas” (2008: 372-374). Las élites tradicionales de América Latina, alertados frente a los nuevos políticos emergentes comprenderían que sus sociedades estaban divididas entre una “pequeña sociedad respetable” y unas masas “cada vez más numerosas” (Braun, 2008: 380). Esa nueva forma de hacer política incluía la novedad de traer, a los discursos, palabras que antes no eran usadas; así la noción de “pueblo” comúnmente peyorativa, podía tomar visos incluso heroicos.

Los funcionarios políticos de Cali, así como escritores y periodistas, intentaron elaborar sus propias respuestas frente a ese gran interrogante: ¿Quiénes y cómo integraban al pueblo?, ayudándose para ello, en su momento, del tema de los sindicatos. Hay que señalar que esos conjuntos de imágenes sobre el sindicalismo y el pueblo no eran solamente un reflejo o un producto de la realidad de la ciudad, por el contrario estas imágenes llegaban a alimentar las decisiones tomadas y las reglas instauradas por las autoridades políticas. Auxilios a los congresos obreros, manifestaciones públicas, aumento de salarios, creación de cargos municipales: los imaginarios fueron determinante dentro de estos acontecimientos. Vistos así, no son entonces

²⁰ Para Ernesto Laclau, por ejemplo, el populismo sería “simplemente, un modo de construir lo político” (2005:11).

cosas sin importancia, reflejos de lo verdaderamente importante o tangible: estos imaginarios fundaban prácticas, sustentaban decisiones, fundamentaban códigos y normas para el comportamiento de los ciudadanos. Las fuentes históricas oficiales y los documentos periodísticos estudiados, en su lectura conjunta, nos permitieron articular elementos ideológicos y culturales que apuntalaron la percepción de las asociaciones sindicales, estos apuntaban a la delimitación de una peligrosa amenaza, así como a la percepción del pueblo como un actor y un objeto político. Eso implicó un doble movimiento: por una parte se definieron prácticas que se fundaban en representaciones sobre el pueblo, es decir, los imaginarios inauguraron nuevas realidades políticas; por otro lado los acontecimientos nacionales así como los sucesos locales influyeron en la elaboración de los susodichos imaginarios. Fue así como se constituyó una relación dialéctica y recíproca entre los imaginarios y las prácticas políticas, partes de la realidad de un grupo social íntimamente ligadas, cuya separación es apenas un esfuerzo intelectual del investigador para lograr una mejor comprensión.

Para los políticos de este período pensar al pueblo los llevó a imaginar amenazas y a asustarse frente a vaticinios fatales y catastróficos. Los trabajadores, hijos del pueblo, eran una parte esencial de la sociedad que estaban siendo sometidos por una influencia funesta. Era un riesgo hacer, entonces, leyes para el trabajo; menos todavía se podía negociar con los sindicatos. Cuando toda la tensión se desbordó en un suceso como el nueve de abril se entendió que los políticos debían ceder en ciertas materias, adelantarse a dar providencialmente para evitar reclamos y discusiones. Había que eliminar el conflicto, había que dejar atrás el sindicalismo que habrían azuzado los liberales izquierdosos. La Iglesia católica, los empresarios antioqueños, las experiencias internacionales de la derecha, prestaron sus referentes para que se inaugurara en el país un sindicalismo depurado y silencioso; uno capaz de dejar florecer un idilio libre de problemas entre “obreros y “patrones”. En todo ese proceso los imaginarios sobre el pueblo fueron elementales.

Realizar un trabajo similar a éste (que presentamos en su versión inicial) para ciudades como Medellín y Bogotá, y para ciudades intermedias en el mismo período, ayudará a elaborar una mejor síntesis y aclarar mejor el origen y la naturaleza de los fundamentos ideológicos con los que se elaboraron los imaginarios sobre el pueblo, y la incidencia en los mismos del tema de la cuestión sindical. Con esos insumos podrá emprenderse seriamente un itinerario comparativo con otras ciudades latinoamericanas, para observar posibles similitudes y diferencias, probablemente, abismales. Es esta una tarea pendiente si se quiere avanzar más allá de los pasos iniciales que con gusto

hemos dado en este ejercicio de investigación. Igualmente ampliar el estudio de esta cuestión en su dimensión temporal traerá notables progresos, pues desde comienzos del siglo XIX pueden rastrearse imaginarios sobre el pueblo que han definido problemáticamente la fisonomía social, política y cultural de la nación. Ambas van a ser rutas extremadamente fértiles para comprender mejor la historia política colombiana.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

Periódicos consultados

Diario del Pacífico, Cali, 1945-1947; 1949-1950.

Relator, Cali, 1945-1950.

Archivos oficiales

Archivo Histórico de Cali (AHC)

Acuerdos, 1946, 1 tomo, Archivo Histórico de Cali, Fondo Concejo.

Correspondencia, 1946, 1 tomo, Archivo Histórico de Cali, Fondo Concejo.

Gaceta Municipal, 1945-1955, Números del 620 al 726, Archivo Histórico de Cali, Fondo Concejo.

Informes, 1943-1947, 1 tomo, Archivo Histórico de Cali, Fondo Concejo.

Libros

Vernaza, José Ignacio. (1950). *Pluma y Tribuna*. Cali: Imprenta Departamental.

Fuentes secundarias

AYALA, César Augusto. (2007). "La conquista de la calle y la resistencia conservadora a las reformas liberales del año 1936". En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura.*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, No. 34, pp. 207-246.

ARCHILA, Mauricio. (1991). *Cultura e Identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Bogotá: Cinep.

ARAYA, Eduardo. (2004). El populismo en América Latina. Entre la ambigüedad conceptual y la realidad histórica. En Cavieres, Eduardo (Ed.) *Los proyectos y las realidades. América Latina en el siglo XX* (pp. 111-132). Valparaíso: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

- BACZKO, Bronislaw. (1991). *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BRAUN, Herbert. (2008). Populismos Latinoamericanos. En: Palacios, Marco (Ed.) *Historia General de América Latina. Volumen VIII. América Latina desde 1930* (pp. 371-394). París: Ediciones Unesco-Editorial Trotta.
- CAÑAS, Juan José. (2003). *Ganarás el pan con el sudor de tu frente. Sociedad salarial y culto al trabajo a mediados del siglo XX en Medellín*. Medellín: Escuela Nacional Sindical.
- CHARRY, Carlos Andrés. (2010). "El impacto del 9 de abril en Cali y el Valle del Cauca". En *Revista CS: Estudios regionales y latinoamericanos*. Cali: Pontificia Universidad Javeriana, No. 4, pp. 55-89.
- CUBIDES, Fernando. (2009). El liberalismo y el movimiento sindical durante la República Liberal. En: Sierra, Rubén (Ed.) *República Liberal: Sociedad y Cultura* (pp. 117-149). Bogotá: Universidad Nacional.
- CUÉLLAR, María Mercedes. (2009). *Los sindicatos y la asignación del ingreso en Colombia. Un siglo de historia laboral*. Bogotá: Universidad de los Andes-Asobancaria.
- ESCOBAR, Juan Camilo (2000). *Lo imaginario. Entre las ciencias sociales y la historia*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
- GENÉ, Marcela. (2005). *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo. 1946-1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- HENDERSON, James. (2006). *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- LACLAU, Ernesto. (2005). *la razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LOAIZA, Gilberto. (2011). *Sociabilidad, religión y política en la definición de la Nación. Colombia 1820-1886*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- _____. (2012). "El pueblo en la república de los ilustrados". En: Ortega, Francisco y Chicangana-bayona, Yobenj (Eds.) *Conceptos fundamentales de la cultura política de la Independencia* (pp. 221-257). Bogotá: Universidad Nacional-University of Helsinki.
- LONDOÑO, Rocío. (1989). "Crisis y recomposición del sindicalismo colombiano (1946-1980)". En Tirado, Álvaro (Dir.) *Nueva Historia de Colombia, tomo III: Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales* (pp. 271-306). Bogotá: Planeta.
- PACHECO, Margarita. (1992). *La fiesta liberal en Cali*. Cali: Universidad del Valle.
- OVIEDO, Álvaro. (2009). *Sindicalismo Colombiano. Iglesia e ideario católico, 1945-1957*. Quito: Corporación Editora Nacional.

PÉCAUT, Daniel. (2001). "El momento del populismo, 1945-1948". En *Orden y Violencia: Evolución sociopolítica de Colombia entre 1930 y 1953* (pp. 409-546). Bogotá: Editorial Norma.

PIÑERES, Vladimiro. (1993). *Movimientos huelguísticos en el Ferrocarril del Pacífico, 1919-1946*. Tesis de pregrado no publicada. Cali: Universidad del Valle.

ROSANVALLON, Pierre. (2004). *El pueblo inalcanzable. Historia de la representación democrática en Francia*. México: Instituto e Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

VEGA, Renán. (1988). *Crisis y caída de la República Liberal, 1942-1946*. Ibagué: Editorial Mohán.

Material Gráfico

FIGURA 1. Caricatura en Relator



FUENTE: Relator, Cali 25 de octubre de 1945: 4.

FIGURA 2. Viñeta en Diario del Pacífico



FUENTE: Diario del Pacífico, Cali 23 de abril de 1946: 1.

FECHA DE RECIBIDO: 11 de marzo del 2014

FECHA DE APROBADO: 2 de abril del 2014